



LECCIÓN 235

Dios, en Su misericordia, dispone que yo me salve.

Comentario de Sarah:

“Dios, en Su misericordia, dispone que yo me salve.” (L.235) Surge la pregunta: “¿Salvado de qué?” y Jesús nos dice que es ser salvado de “**todo aquello que parece herirme**”. (L.235.1.1) Lo que me hace daño son mis propios pensamientos, mis opiniones, mis interpretaciones, mis juicios y mis creencias. ¿Hasta qué punto estoy dispuesto a ser salvado de mi percepción de que puedo ser herido? Si “**la Voluntad de mi Padre para mí es únicamente felicidad**” (L.235.1.2), entonces la forma en que estoy viendo una situación, que parece causarme angustia, debe ser una decisión que he tomado, que entra en conflicto con la Voluntad de Dios para mí.

No podemos estropear nuestra propia perfección, tal y como nos la ha dado Dios en nuestra creación como Su Hijo. La oración es otra forma de hablar de esto, al afirmar de nuevo que el Amor es lo que nos creó y nos hizo impecables para siempre, perfectos y eternamente a salvo. “**Padre, Tu Santidad es la mía. Tu Amor me creó e hizo que mi inocencia fuese parte de Ti para siempre. No hay culpabilidad o pecado en mí, puesto que no los hay en Ti.**” (L.235.2.1-3) Está claro que no nos sentimos así la mayor parte del tiempo. La razón es que el ego siempre habla primero. En otras palabras, el ego nos da primero su interpretación de todo. Nos dice que culpemos, que juzguemos y que valoremos nuestros pensamientos y opiniones, todo lo cual apoya las diferencias y el especialismo. Sin embargo, no somos culpables de estos errores. Sólo tenemos que aceptar la Corrección, estar dispuestos a ver nuestros juicios y soltarlos.

Muy a menudo escucho a alguien que emite un juicio e inmediatamente se dice a sí mismo que no debe juzgar. En otras palabras, hay un juicio inmediato hacia uno mismo. Todo esto es un intento de aferrarse a una imagen de uno mismo como un ego espiritual más allá de tales errores. Es más útil ver el juicio sin juzgarse a sí mismo y estar dispuesto a elegir de nuevo.

Pensamos que nuestra realidad es un cuerpo y una personalidad que se relaciona con "otros" como entidades separadas. Como resultado, estamos en competencia con los demás, tratando de lograr nuestra felicidad a costa de ellos. ¿Y si estamos equivocados con respecto a nosotros mismos? Jesús nos asegura que lo estamos. Dice que mientras pensamos que nuestra voluntad separada es la fuente de nuestra felicidad y nuestra libertad, en realidad es la fuente de nuestro dolor, miseria y esclavitud. Porque estamos confundidos acerca de lo que somos, no sabemos lo que estamos haciendo, a dónde vamos, qué es lo que más nos conviene o cómo satisfacer nuestras verdaderas necesidades.

Deja por un momento la imagen que tienes de ti mismo. Ábrete a cuestionar tu percepción de quién eres. Jesús nos dice: **“La Voluntad de Dios es lo único que existe.”** (Clarificación de términos.3.6.1) Por lo tanto, la voluntad separada que creemos que es nuestra, ni siquiera existe. Este pensamiento puede aterrorizarnos. Queremos nuestra existencia, por eso estamos aquí. La llamada a conocernos como seres puros, inocentes y alegres de paz y amor es también muy fuerte. Si Dios es todo lo que existe, debemos ser Uno con Él.

En el capítulo 31, **“La simplicidad de la salvación”**, Jesús dice: **“¡Qué simple es la salvación! Tan sólo afirma que lo que nunca fue verdad no es verdad ahora ni lo será nunca. Lo imposible [la separación de Dios] no ha ocurrido, ni puede tener efectos. Eso es todo. ¿Podría ser esto difícil de aprender para aquel que quiere que sea verdad?”** (T.31.I.1.1-5) (ACIM OE T.31.I.1) En el nivel de donde pensamos que estamos, ¿estamos dispuestos a considerar lo equivocados que estamos sobre nosotros mismos? **“Lo único que puede hacer que una lección tan fácil resulte difícil es no estar dispuesto a aprenderla.”** (T.31.I.1.6) (ACIM OE T.31.I.1) Nuestra falta de voluntad nos señala el problema de autoridad. Creemos que hemos hecho otra voluntad, y le damos poder a esa voluntad mediante nuestra creencia. Si todo lo que creemos no es cierto ahora, podemos negar el poder de cualquier cosa para hacernos daño.

La salvación, como se enseña en este Curso, consiste en sanar nuestra percepción de que estamos separados, somos deficientes y víctimas del mundo. Nada de esto es real, pero no sirve de nada que nos digan que todo es irreal o una ilusión. ¿Por qué? Porque ahora mismo creemos en la realidad de lo que vemos, sentimos y experimentamos. Creemos que nuestro cuerpo es lo que somos, y nos aferramos a este yo que creemos haber fabricado. Negar lo que creemos no sería útil. Sí, todo es irreal. Nada de ello tiene sentido, pero mientras sigamos creyendo en la realidad del cuerpo y del mundo, no es útil negar lo que actualmente consideramos como cierto. Lo que sí es útil es examinar nuestras creencias, nuestros conceptos, nuestros valores, nuestros sentimientos y nuestras percepciones, y estar dispuestos a cuestionarlos. Cuando vemos que estamos equivocados en la forma en que vemos todo, entonces estamos más dispuestos a pedirle al Espíritu Santo Su interpretación. Estamos más dispuestos a apartarnos de nuestras perspectivas y a buscar la verdad en nuestro interior.

En la lección 70, se nos dice que la culpa y la salvación están en la mente y en ningún otro lugar. **“Cuando te des cuenta de que la culpabilidad es sólo una invención de la mente, te darás cuenta también de que la culpabilidad y la salvación tienen que encontrarse en el mismo lugar. Al entender esto te salvas.”** (L.70.1.5-6) Sin embargo, lo que hemos hecho es poner la responsabilidad del origen de nuestro dolor fuera de nuestra mente. Hacemos a las personas, los acontecimientos y las circunstancias, responsables de cómo nos sentimos. Los hacemos culpables, en lugar de mirar la culpa en nuestra propia mente que hemos proyectado en ellos. Nos hace sentir como víctimas indefensas de un mundo indiferente.

Si efectivamente la salvación procede de mí, y es de mi elección, soy capaz, en cualquier momento, de elegir conocer la verdad sobre mí mismo. Nadie puede salvarme más que yo. Ningún líder de talleres, ningún gurú, ningún curso, ningún psicoterapeuta y ni siquiera Jesús pueden salvarme. Se trata de mi elección, y esa elección se refleja en mi voluntad de mirar mis pensamientos, asumir la responsabilidad de ellos, reconocer que todo lo que veo es una proyección de mi culpa reflejada en mí, y estar dispuesto a liberarla. No digo que no haya maestros que nos ayuden en señalarnos la verdad, a inspirarnos y a motivarnos, sino que el trabajo interior profundo lo debemos hacer nosotros con la ayuda de nuestro Maestro interior.

Jesús dice, si Dios en Su misericordia quiere que me salve, ya está hecho. Como nos recuerda: **“El amor, que es lo que me creó, es lo que soy”**. (L.229) **“Ahora no necesito buscar más. El Amor ha prevalecido.”**(L.229.1.2-3) Él ha mantenido mi Identidad intacta e impecable. Nada de lo que hagamos puede estropear nuestra perfección. Entonces, ¿por qué necesitamos la salvación? En el capítulo 11 se nos recuerda: **“Al ser la creación de Dios, [la salvación] es tuya, y al pertenecerte a ti, es Suya. Tu Ser no necesita salvación, pero tu mente necesita aprender lo que es la salvación. No se te salva de nada, sino que se te salva para la gloria. La gloria es tu herencia, que tu Creador te dio para que la extendieras. No obstante, si odias cualquier parte de tu Ser [otro hermano o hermana] pierdes todo tu entendimiento porque estás contemplando lo que Dios creó como lo que eres, sin amor.”** (T.11.IV.1.2-6) (ACIM OE T.10.V.31)

En otras palabras, cualquier odio, aversión o ira que tengamos hacia cualquiera de nuestros hermanos y hermanas es lo que nos impide saber que ya estamos salvados. Tales pensamientos ocultan de nuestra mente la verdad de lo que somos. **“Recorre, por lo tanto, únicamente al poder que Dios te dio para salvarte, recordando que es tuyo porque es Suyo, y únete a tus hermanos en Su paz.”** (T.11.IV.2.5) (ACIM OE T.10.V.32)

El ego también desarrolló un plan para nuestra salvación. Su plan consiste en abrigar resentimientos a los demás para que la culpa en nuestra mente recaiga sobre ellos, en lugar de sobre nosotros mismos. Jugamos al juego de culpar a los demás por nuestras circunstancias. Sin embargo, la solución que nos da el ego para deshacernos de nuestra culpa proyectándola, en realidad la mantiene, porque lo que hace la solución propuesta por el ego es mantener viva la culpa en nuestra mente, en lugar de deshacerla. Aunque culpar a otros parece salvarnos de la culpa, sólo la mantiene. **“Las ideas no abandonan su fuente”**. (L.167.3.6) Esta es una buena noticia porque consolida el hecho de que no somos las víctimas del mundo que vemos.

La guía del ego es hacer todo por nuestra cuenta. Parte de la seducción del ego es que intenta persuadirnos para que sigamos creyendo que, si simplemente seleccionamos la combinación correcta de opciones de entre todas las posibilidades, podremos ser felices. La opción correcta puede ser la relación correcta, la carrera correcta, el lugar correcto para vivir, la inversión correcta, los números correctos en los billetes de lotería, el trabajo correcto o cualquier combinación de las anteriores. Pero lo que el ego nos oculta es el contenido subyacente de estas opciones, que es el pecado, la culpa y el miedo y la creencia en intereses separados. **“Los sueños que te parecen gratos te retrasarán tanto como aquellos en los que el miedo es evidente. Pues todos los sueños son sueños de miedo, no importa en qué forma parezcan manifestarse. El miedo se ve adentro o afuera, o en ambos sitios. O puede estar oculto tras formas agradables. Pero nunca está ausente del sueño, pues el miedo es el elemento básico de todos los sueños”** (T. 29.IV.2.1-5) (ACIM OE T.29.V.28)

Ahora nos dirigimos a otro Guía: el Espíritu Santo, que es la memoria del Amor de Dios en nuestras mentes rectas. Cuando nos dirigimos a Su verdad en la mente, se nos recuerda Su Amor. En este mundo, todas nuestras elecciones autodeterminadas no nos llevan a ninguna parte. Jesús nos muestra que la única elección significativa que podemos hacer es permitir que el propósito del Espíritu Santo nos guíe cada vez que tomemos una decisión. En lugar de buscar el sueño perfecto del ego tal como lo vemos, aprendemos a liberar nuestros juicios sobre cómo debería ser todo. Cuando liberamos los resultados y las expectativas, aprendemos a vivir en el flujo de la gracia de Dios. Lo que esto requiere es que aceptemos que no sabemos lo que más nos conviene. Ni siquiera podemos identificar lo que es una ganancia y lo que es una pérdida.

La Lección nos ofrece hoy una hermosa oportunidad para utilizarla como práctica cuando tengamos la tentación de alterarnos. Si veo algo que me molesta, puedo responder inmediatamente con: **“La Voluntad de Dios es que yo me salve de esto”**. (L.235.1.1) Podemos elegir mirar la situación desde fuera del sueño, por encima del campo de batalla. Desde esta perspectiva, podemos ver la irrealidad de todo ello. Nada de ello tiene sentido. Cuando dejamos de apoyar las ilusiones de ataque y malicia, éstas se reducen a polvo, y vemos la verdad de la inocencia de nuestro hermano y, por tanto, de la nuestra.

Hoy, nos unimos plenamente en la confianza de que Dios está del lado de nuestra felicidad. No tengo más que contemplar todas las cosas que parecen herirme y con perfecta certeza y convicción decir: **“La Voluntad de Dios es que yo me salve de esto”**. (L.235.1.1) Cualquier cosa que te cause dolor e infelicidad es materia de aplicación de esta Lección. Dite con seguridad que Dios no quiere que sufras. Dios sólo quiere tu felicidad. Esto significa que, si nuestra experiencia es cualquier cosa menos felicidad, podemos dar un paso atrás y darnos cuenta de que debemos estar percibiendo incorrectamente. La Voluntad de Dios para nosotros es la felicidad perfecta. Siente Su protección y seguridad durante todo el día. Observa lo que estás proyectando en los demás. Date cuenta de que nada en el mundo puede afectarte a menos que le des el poder de hacerlo. Lleva todo lo que te parezca hiriente al Espíritu Santo para su Corrección. Mira sin culpa ni miedo todo lo que te molesta hoy, y observa cómo desaparece. Recuérdate una y otra vez Su bondad y amor por ti. Deja que Su Amor se sienta rodeándote, recordándote tu inocencia, que no es tu propia obra, sino que te ha sido dada en tu creación.

“Y me he salvado porque Dios en Su misericordia así lo dispuso.” (L.235.1.5)

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca